

Lo que se dijo a la cruz

Mateo 27; Marcos 15;

Lucas 23; Juan 19

«A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él» (Mateo 27.42).

¿Quién puede olvidar lo que Jesús dijo *en* la cruz, y quién puede apreciar lo que la gente dijo *a* la cruz? Cuando nos escuchamos a nosotros mismos, nos avergüenza, nos decepciona y nos exaspera lo que oímos.

¿Qué se dijo a Jesús cuando Él estuvo en la cruz?

Desafío. La gente dijo: «... si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz» (Mateo 27.39–40). Los atormentadores de Jesús dijeron: «... descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos» (Marcos 15.32). Creer no era todo lo que hubieran hecho. Si Jesús hubiera descendido de la cruz, ¡lo hubieran puesto nuevamente en ella! La gente que tiene exigencias no puede creer, ni creerá. Los pecadores obstinados no pueden creer. Nadie podía negar que Lázaro había sido resucitado por el poder de Jesús (Juan 11). No obstante, esta resurrección precipitó la muerte de Cristo. ¡Cuando no deseamos creer, ni siquiera los milagros podrán ayudarnos!

Magia. Uno de los hombres crucificados juntamente con Cristo dijo: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lucas 23.39). Lo que estaba diciendo era «Maravíllanos con un truco». Jesús no es mago. ¡Hay un sentido en el que nadie es tan carente de lo sensacional como Dios! Los hombres anhelan lo emocionante. Aun los que estaban junto a la cruz, no pudieron conformarse con sencillamente mirar, escuchar y aprender. Trataron de hacer que sucediera algo. Todo lo que dijeron e hicieron, fracasó. La gente promociona hoy lo emocionante. Desean «santa excitación». Oyen con sus ojos y piensan con sus sentimientos. El ladrón impenitente era culpable de muchos delitos, incluso de blasfemia (Lucas 23.39). Llamó al Señor y en tono burlón le pidió la salvación. ¿Cómo podía un moribundo ser tan insolente?

El hombre es el peor enemigo de sí mismo. ¿Qué hubiera sucedido si Jesús se hubiera salvado a sí mismo? Entonces el hombre hubiera sido condenado. Jesús se mantuvo en la cruz y se sacrificó a sí mismo para salvarnos.

Transformación. Un ladrón no se arrepintió, pero el otro dijo: «Acuérdate de mí» (Lucas 23.42). La cruz, o hace mejores o hacer peores a los hombres. La vida egoísta de un ladrón llegó a su fin con la muerte egoísta de él. El otro ladrón sí se arrepintió. Se abrió paso por entre las circunstancias y se centró en Jesús, pidiendo misericordia. Este ladrón era el único hombre sobre la tierra que algo entendía de lo que estaba sucediendo. Se daba cuenta de que había vivido una vida de maldad, y vio la necesidad de cambiar. El evangelio debe ser «malas nuevas» para que pueda llegar a ser «buenas nuevas».

Simples. Otros decían: «Veamos si viene Elías a librarle» (Mateo 27.47-49; vea Marcos 15.36). Los simples son peligrosos. Después que Jesús clamó a gran voz a

Dios, los mirones hicieron lo que los mirones hacen: ¡confundieron todo el asunto! Al oír un clamor salido de las profundidades del corazón de Jesús, el hombre supersticioso confundió a Elías con Dios. Los mirones (buscadores de diversión) lo ven todo y no observan nada. Ven todo lo que sucede y entienden poco. ¡Todo lo que los mirones ofrecieron a Jesús, fue vinagre! ¡Qué gran farsa!

Apostadores. Esto fue lo que dijeron los soldados, de la túnica de Jesús: «No la partamos, sino echemos suertes sobre ella» (Juan 19.24). Jesús estaba muriendo por nuestros pecados, mientras los hombres estaban apostando por Sus vestiduras. Había que ser un hombre endurecido para poder apostar junto a la cruz.

Todos estamos vendiendo nuestras vidas a cambio de algo. Un hombre puede ganar todo el mundo y perder su alma (Mateo 16.24–26). ¡Los hombres estaban apostando mientras el Hijo de Dios estaba muriendo para salvarlos! Los hombres estaban más interesados en el valor de una túnica, que en la vida de un hombre. Las cosas eran más importantes que las personas. ¿Acaso somos diferentes? ¿Acaso somos mejores? Conocemos el precio de todo y el valor de nada. Jesús volvió al cielo; la túnica pronto desapareció. Los valores espirituales duran; las cosas temporales pasan.

Momento de sacar conclusiones. Un centurión, al observar lo que había sucedido, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Marcos 15.39). Este era sencillamente otro día de trabajo para este centurión endurecido por las guerras, pero tal vez se enorgullecía de su trabajo y lo hacía bien. Observó todos los movimientos; oyó todas las palabras. Jesús era diferente; esta cruz era diferente. Sin saberlo, este hombre honesto se inmortalizó a sí mismo. ¡Lo que el mundo, las multitudes y los enemigos pasaron

totalmente por alto, este hombre lo vio! Llegó a la única conclusión a la cual se puede llegar con honestidad. ¡O Jesús es el Hijo de Dios, o no lo es! El centurión tomó su decisión; ¡nosotros debemos tomar la nuestra!

Todos nos encontramos junto a la cruz. ¡Qué multitud más variopinta la que vemos aquí: los enemigos, los curiosos, los ignorantes, los espectadores, los discípulos asustados y los seres amados! Jesús era el único que estaba viviendo plenamente la voluntad de Dios.

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados